somos ni queremos ser una isla. Queremos vernos en un futuro en una única escuela vasca y que pensamos no será ni como la escuela pública transferida ni como las Ikastolas. Pensamos que primero tenemos que homogeneizar las Ikastolas entre sí y es claro que debe ser así. En un movimiento expontáneo como la creación de Ikastolas, las iniciativas de padres, la disposición anterior y actual de los profesores, los niveles de pedagogía, la situación del euskera, la financiación, etc., son distintos en cada pueblo y han llevado lógicamente a una situación que entendemos hay que homogeneizar. En un proceso posterior tenemos que hacer aterrizar en el mismo aeropuerto esta Ikastola homogeneizada y la escuela transferida logrando esa única escuela pública vasca.

Conseguir decimos dotar a la Ikastola con el esfuerzo colectivo del Kilometroak, de medios de enseñanza como videos, instalaciones deportivas, etc.

También quisiéramos dejar de ser una isla en Añabitarte, con traslado masivo de alumnos en autobuses, quisiéramos tener una presencia más importante que la actual de Juan de Olazábal en el centro de Errenteria. Es un riesgo grande, tantos niños en tantos autobuses durante años, nos preocupan las travesuras sobre todo de los más pequeños, nos obligan a horarios extremos de entradas y salidas sobre todo al mediodía. Hay alumnos que entran a clase en la Ikastola cuando en Europa están saliendo. Nos gastamos en autobuses 22.000.000 de ptas. al año, cuando de acuerdo con el sistema habitual de cesión de terrenos y la ayuda en construcción del Gobierno Vasco evitaría y dotaría de edificios al pueblo en vez de quemar gasolina.

Un centro escolar ubicado en el centro y diseñado correctamente tiene que ser el centro de las actividades de la juventud y no sólo deportivas sino culturales, etc., haciendo compatible el tiempo de ocio que es después del horario escolar.

EL PUZZLE

Cuento que obtuvo el primer premio entre los presentados al certamen literario que organizado por Ereitza Elkartea, se celebró el pasado año 1984.

JULIO CEREZO GILARRANZ

Siguió colocando una a una las piezas del puzzle. Había conseguido componer las paredes y parte del tejado rojizo donde estaba la chimenea. Ahora intentaba cubrir el camino de arena que comenzaba en la verja y llegaba hasta el porche de la fachada principal.

Parecía ser uno de esos días en que todo encaja, en los que la intuición elige las fichas necesarias guiada por un experto lazarillo que te infunde seguridad y satisfacción.

Y siguió confiado jugando con lo incierto, componiendo la imagen cada vez menos rota de una casa y de una verja y de un jardín con un caminillo que no se bifurcaba.

Una llamada de teléfono le destrozó su tranquilidad, su complicada y espontánea soledad. Permaneció un par de segundos con una pieza que debía pertenecer al sendero pero que por uno de sus múltiples recodos dejaba ver la mancha de la hierba que definía el camino. Buscó con los ojos, con las entrañas, el espacio donde perfectamente encajaría, pero no lo encontró. Deslizó la pieza al fondo de la palma y cerró el puño. El estribillo perenne le había llegado dos veces más. Casi corrió para alcanzar el teléfono antes que volviera a sonar. Era una de las muchas veces en las que se apostaba algo consigo mismo.

Esta vez logró vencerse y arrancó el auricular antes de que la campana anunciara el final del «round». Sonrió satisfecho e inquirió por la personalidad de su interlocutor. No obtuvo respuesta. Esperó otro par de segundos y enseguida escuchó el clic que señala inequívocamente que han colgado. Extrañado —no porque fuese realmente extraño, sino por el pequeño latido que le golpeaba las muñecas cuando su intuición, nuevamente presente, le decía que algo no marchaba— volvió al cuarto donde le esperaba el puzzle.

Continuó afanosamente encajando piezas, observándolas arriba y abajo, clasificándolas por colores y formas. Tan sólo le faltaba por colocar una parte del cielo —la que no estaba cubierta de nubes—, de un azul pálido increible y el sendero de tierra arcillosa que dividía el jardín. Comenzó con la tarea más costosa: Recomponer ese cielo uniformemente coloreado en base a sus impulsos y a la singular composición de las distintas piezas. Al cabo de media hora lo había logrado y el único vacío era el del sendero. Descansó un rato, picoteó algo de comer en la nevera mientras bebía una cerveza. Volvió al cuarto y justo antes de colocar una nueva losa, sonó de nuevo el teléfono. No permitió que volviese a repicar y corrió por él. Descolgó y esperó a oir algo. No se escuchaba nada del otro lado de la línea y a punto estuvo de colgar cuando percibió un ligero murmullo crispado por un nuevo chasquido.

Aquella ya no le gustaba. Dos veces. Dos veces había sonado y dos veces obtenía el silencio como respuesta. Volvió a su empeño a través del pasillo sin olvidar las llamadas y sin dejar de pensar en quién sería el simpático. Rápidamente pasó de las conjeturas a su particular mundo ensimismándose una vez más.

Una a una fueron cubriéndose las grietas. Conforme iba rellenando espacios, un pincel paseaba empalmando nudos, limando diferencias, apelmazando la figura en un conjunto viscoso. Apenas quedaba hueco para dos o tres piezas más. Colocó las últimas y sobrevino la tragedia: faltaba una, justamente en mitad del camino. Maldijo y blasfemó hasta la esquizofrenia... De pronto recobró la calma y recordó la pieza que se llevó cuando sonó por primera vez el teléfono. Un momento después estaba frente al aparador escrutando el paradero —inhóspito— de la maldita. La encontró debajo, entre los gruesos lazos de la alfombra. La recogió y estrujó entre las manos. La observó atentamente mientras llegaba a su habitación, pero algo le decía que no iba bien. Así fué. La pieza, la última pieza no encajaba, y eso suponía no poder terminar. La adrenalina dilataba sus venas, exacerbando su ira. Continuó maldiciendo al dependiente que le vendió el entretenimiento didáctico, a su madre y a toda su familia. Golpeó dos veces el tablero y si no fuera porque la goma del pincel había ensamblado las piezas como si se tratase de ladrillos, habrían saltado por los aires. Aún guardaba la última en su mano —apretando las uñas hasta el dolor— cuando levantó la vista hacia la puerta. Un individuo enfundado en gabardina le observaba desde la puerta. Sin mover un solo músculo, el extraño mostró un revolver e hizo tres disparos que reventaron el pecho del irritado quien, después de tambalearse en la silla, cayó de bruces sobre la mesa empapando de rojo la casa, la verja y el caminillo que no se bifurcaba. La sangre fluía despacio entre las fisuras, escapándose por los bordes y rebosando el único hueco de la bucólica imagen. El hombre avanzó hacia el muerto, abrió —con dificultad— la mano todavía crispada y recogió la ficha. Dió media vuelta y mientras cruzaba el rellano, dijo tranquilamente: Me faltaba. Era la única que me faltaba.

«AISTA GERLARIAREN A»

1er premio VI Concurso Villa de Rentería

Ereintza Elkarteak antolaturiko lehiaketaren ipuin irabazlea.

«Aratak gorde zaitzala» esan zidanean amak, aditu ere ez nion egin ganoraz, hain bait nengoen gudarako ordua noiz etorriko.

Denboren haseretatik geneukan Glodinoien berri, baina inoiz ez zuten orain bezala gu zirikatzen eta isekatzen ihardun.

Airatanen herrian inoiz ez ditugu honelako gizon arimagabeak gustoko izan. Bihotzaren lekuan urrezko labe gori-goria baitaukate gure aztiek diotenez eta labe horretako suak bizi iraun dezan abere eta izaki ororen odola edan ohi dute.

Azken neguan, ordea, elurretan bidaiari glatar bat topatu genuen elurretan erdi izozturik; hil baino lehen, Glodinoien lurraldeetatik zetorrela aitortu zigun ikaraz beterik, beldurtuko bagenu bezala. Ge-

ro, jakin genuenez, Glodinoien bitartez eduki omen zuen gure berri eta haratik omen zigun hainbeste beldur. Glatar errukarriari guk bihotzaren ordez basurde larruz egindako zahagi tipi zulatu bat geneukala, denboren haseran egindako pekatu izugarri eta aipaezin batengatik zahagi zulatua etengabean tantoka geneukala eta berau betetzeko izaki ororen odola edan ohi genuela esan zioten.

Zein irain ikaragarri eta jasangaitz! Gu, Airatan Lehen Aitaren semeok, lur hauetako fruitu sustraituok, honenbesteraino iraindúak! Anborren suak kiskalduko al ditu su mingarritan!

Negu honetararte, Atan Erregek borrokarako gose guztiak estali baditu ere, guda! esan zuten aztiek, guda! esan genuen denok eta guda! esan zuen azkenean Erregek.

Elurrak urtu artean gezi, aizkora, lantza eta sastagaien zorrozten ihardun dugu, baina gainezka dira ibaiak eta gailur gorenek bakarrik diraute zuri. Heldu da ordua.

Gudarako puztuta dugu bularra Airatanian jaiotako guztiok, jakin baitakigu Atan Erregeak gidaturiko ejerzitok ez dezakeela gudarik gal, hobe bailitzateke borrokako aizkorakadak edo geziak emandako heriotzea, hildako ohore eta anaiengatik negarretan lotsaren lotsaz hiltzea baino.

Zazpi udaberri atzera ikus ahal izan nuen lehenbizikotz Glodinoien lur eta herria. Artaldeak txikitu zizkigun hartzama baten ondoren hamar egun generaman oihanetan eta muino handi batetara igotzean, han urrutira, Glodinoien herriko lehen harresien geriza ikus zitekeen ostertzean. Beltzune ikaragarria zen garien horian. Urrun egonagatik bertaregi zirudien bihozkabeen herriak. Hartzaren ehiza bertan utzi eta ez ginen haruntzago joaten ausartu.

Zenbat emango nukeen hango harresiak suntsitzearren!

Zenbat, Glodinoien kimurik tipiena ere hilda ikusteagatik!

Eta tenore da. Prest dira gure bularrak. Bederatzi egun barru harresietan izanen gara. Zein ohore handi niretzat Airataniakoon garaipena honen hurbil ikustea!

Min demait, ordea, Matra emaztearen uzteak, baina lotsaz litzateke jada hila Glodinoien deusezterako prest ez banengo; ez luke nik eraikitako aterpe eta babesik nahi aurrerantzean; nire ehizen eta ardien larru eta jakiak baino lehen, gustorago luke hotzak eta goseak ezarritako heriotzea. Airatanian ez lidake inork behatuko, eta norbaitek ukituko banindu, ezpataz moztuko luke ni ukitutako eskua. Airataniako Aista ehiztariaren izena ezabatu egingo litzateke memorietan eta inork ez luke denboren bukaezinean bere gurasoengandik halako izen lotsagarririk jasoko.

Eskupetaz gainezka dira, ordea, mandoen kartolak eta kanoitzarrak tinko idi gurdi gainetan.

Ondo beteta otar, zaku eta zahagiak. Prest gara zortzi eguneko bidairako. Txarrenean ere, goserik ez dugu pasako behintzat.

Mindako Jaun Kondea daramagu buru bere zaldi gorrian. Bera aurrean doan bitartean ziurgoaz oinezkook hemen atzean. Itzal handiko gizon hori hor aurrean ikusteak, edonoren itxaropenari eutsiko lioke.

Aitonak berna galdu zueneko gerratean ere famatuak izan ziren Mindako Jaunak. Urteroko zergak kobratzean jai galantak eratzen zituzten herriarentzat eta prest zeuden beti festa eta borrokarako. Haien ausardia eta borrokarako senaren beldur ziren etsaiak eta beren ugel dirdiratsua eta ezpataren zorrotza ikustean, atzera egiteko beranduegi zela jakiten zuten. Ez zuen edonork haien erasorik geldiaraziko. Halere, Mindako Jaun Zaharra hilik aurkitu zuten, barrukiak aidean, kainoi baten bala beltzak jota.

Haretaz gero, urteen iraganean etsaiak etsaiagotu egin zaizkigu eta gutariko edonork emango luke odola haiek garaitzeagatik. Jaun Zerukoak badaki zein ohore handi litzatekeen guretzat borrokan hiltzea eta zenbateraino goralduko lituztekeen gure izenak ondorengo belaunaldietakoek.

Hirurehun urte barru ere izanen dute, Jesukristo Gure Jaunaren izenean, mende honetako gure borroka eta garaipenen oihartzunek behar besteko laudorio eta goraipamena.

Etsaia uste baino lehen agertu zaigu, ordea. Edonondik dator hemen tiroa eta bonba.

Lehorreratzean lasai jaitsa gara itsasontzitik etsaia urruti zelakoan, baina gure Jeneralen berriak ez ziren onak, antza. Tankeak zain genituen lurrean barrena hamar milia egin baino lehen.

Beste lanik ez dute eta informe txarrak sinestu. Orain ezin atzera egin. Itsasontzia honez gero hartua du etsaiak.

Nork pentsa zezakeen hain indarberritu eta hurbil izan zitezkeenik? Ahuldurik omen geneuzkan, handienak irabazita. Azken orduan laguntzaren bat hartuko zuten kanpotik, bestela ez ditezke hain indartsu ager. Zintrako borrokan emandako astinduarekin azkenetan omen ziren. Artileria gehiena txikitu omen genien eta orain atzerakada hau. Ez da sekula bukatuko.

Non ote da Matra? Umeak zaindu ezinik ibiliko da. Haur bixiak!. Zer uste lukete luebaki honetan zikin eta bala batek noiz joko beldurrez ikusiko banindute?

Janaririk bageneuka behintzat, baina aspaldian konboiek ezin izan dute honaino hurbildu. Ez janaririk, ez informerik, ez ezer. Inguraturik gaude geu ohartzeke.

Laimer ere akatu dute. Eztanda ondoren zutitu naizenean, han zegoen zerraldo, burua txiki-txiki-txiki eginik. Gero eta gutxiago gara zobortegi honetan eta abiazioa gaua baino lehen ez badator gureak egin du.

Baina nola hurbil liteke abioirik elur honekin? Gure ziutateetan ahaztuta neuzkan hotzak puztu dizkit zuritasun izoztu honek. Gutxitan egiten du elurra gure herrietan, etxatzarren berotasunak urtu egiten omen du malutek behea jo baino lehen.

Etxetik urrun, gosez, hotzak, erdoilak janda eta zikin bizitzari eutsi nahiz. Ez al da inon hau gelditukoduen Jaungoikorik?

Arrazoia. Arrazoia. Nork dauka hemen arrazoia?

Irten nahi eta ezin. Aluak!. Banoa. Ez, ez, ilunduarte egon behar dut hemen, bestela muino gaineko ametrailadorakoek ikusiko naute. Hemen geldi. Ez, banoa. Salto!

Zelaia. Korri Aista. Utzi granadak, utzi pisuak, utzi fusilak. Korri Aista. Zelaia Aista. Berde–berdea. Han zubia, korri! Ez egin kasurik. Ez begiratu. Korri Aista. Azkarrago Aista. Laister da. PAW bat. PAW bi. PAW hiru Aista. Hiru zulo Aista. Bero beroak. Bularrean Aista. Akabo Aista.

Zer da epel hau? Nondik nora etorria? Arata? Arata?

Hara hemen, Arata, zure miraberik apalena, gudako ohoretan hiru zuri sakonez hila. Bake garaian ehiztari bizkor eta gudan gudari leial ausarta. Arerioaren lantzaren luzeak inoiz beldurtu izan ez duena. Beren aurka otsoenak baino hortz zorrotzagoak eduki dituena. Matraren gizon zintzo eta langilea, hobenik tipiena egindakoan damuz beterik erruki eske etorri zaizuna. Arata, zure izena guztien gain goraldu duena. Zure zelai eternoetarako baimena eskatzen duena. Arata, zure erantzunaren zain dagoena...

Arata?... Arata?... Arata?...

Hasier Etxeberria

Hondarribia